

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

La Ilustración de los Niños

OFICINAS

Montera, 53, segundo
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

SUMARIO

I. A los estudiantes.—II. A la santa Cruz.—III. ¡A dos cuartos, pajaritos!—IV. Vaguedad del placer.—V. Arranques del corazón.—VI. ¿Por qué los ángeles lloran?—VII. Recuerdo de ultra-tumba.—VIII. El maestro que no viene.—IX. La cometa.—X. El castillo del Burgrave.—XI. El hombre en sus relaciones con Dios, con la familia y con la sociedad.—XII. Dios y sus obras.—XIII. Miscelánea.

Á LOS ESTUDIANTES

Al terminar el período de vacaciones que los establecimientos universitarios tienen adoptado durante los meses estivales, véase afluir á la capital multitud de jóvenes para reanudar sus tareas escolásticas. Los primeros con ánimo de probar en segundo exámen las asignaturas en que fueron suspensos ó las que no intentaron probar en junio por desconfianza de su aptitud: los más tardos, para inscribir su nombre en la matrícula del año académico correspondiente, cuya aglomeración arranca á nuestro cálculo la siguiente pregunta:

El número excesivo de estudiantes que concurren á las universidades, ¿lo hace obediendo á su vocación por la ciencia, lo hace subordinado al capricho de su familia ó de sus tutores, ó lo hace por el estímulo de engalanarse con un título profesional, sin ánimo de ejercer los conocimientos facultativos que cursa?

Los que se encuentran en el primer caso, que son los menos, son los verdaderos hijos de la ciencia y de los que la humanidad reporta beneficios: los comprendidos en el segundo y en el tercero, ni son útiles á las profesiones ni á la sociedad. Los primeros, que son los que ejercen, pagan su tributo á la Hacienda, enriquecen los conocimientos humanos y dirigen el movimiento científico del país: los segundos sacrifican los años de su juventud y los intereses de su familia sin fruto alguno para nadie y con daño seguro del comercio, de la industria y de las artes, puesto que se les cercena capital y brazos en la edad más á propósito para estos liberales ejercicios.

Sólo, pues, los que se dedican á las carreras profesionales por vocación, son los que realmente prestan beneficios á la sociedad.

Asombra leer la estadística de los alumnos matriculados en el penúltimo curso académico en las diez universidades de la Península española, comparando con la estadística de los matriculados en las universidades extranjeras, y de aquí las consideraciones que exponemos en el presente artículo, encaminado á dar la voz de alerta á las familias y despertar de su letargo á los que á

impulsos de su irreflexión consagran los años mejores de su vida á un ejercicio, que si bien es laudable bajo el punto de vista de su mayor ilustración, no ha de servirles en adelante para nada, ya por el número excesivo de profesores en todas las carreras, ya porque voluntariamente no ejercen, porque su capital les proporciona comodidades suficientes y elementos bastantes para llenar con demasiada las necesidades de la familia.

¡Diez y seis mil ochocientos setenta y cuatro alumnos contenían en el período citado nuestras universidades!

La facultad de filosofía y letras 598; la de derecho 6.409; la de ciencias 881; la de medicina 6.817, y la de farmacia 2.169, que arroja un total de 16.874 alumnos.

Ahora bien: según un profundo estadista, en el mismo curso escolástico, Francia no tenía matriculados en la facultad de derecho más que 4.650 alumnos: Alemania 5.400, y Rusia 1.875; los de medicina y cirugía en Francia se elevaban á 5.030 y en Alemania, incluyendo la farmacia, 4.230. Por consiguiente, las diez universidades españolas, tienen una población escolar superior á las 22 del imperio alemán, á las 21 de Italia, á las ocho de Rusia y á las de la república francesa, sin embargo de tener España la mitad de habitantes que la menor de las naciones citadas.

La elocuencia de estas cifras habla más alto que todo cuanto pudiéramos añadir para llamar la atención de nuestros lectores, y por ellas se viene al perfecto conocimiento del por qué es frecuente ver desempeñando oficios de portero á un letrado, de cómic ambulante ó de *la legua* á un hijo de Galeno, á un doctor en ciencias escribiendo pliegos de oficio para un escribano de actuaciones, á un licenciado en farmacia convertido á perpetuidad en mancebo de un comprofesor, y á miles de hombres de carrera demandando en la antesala de un ministro la credencial de empleado del Gobierno.

¿Gana mucho con esto la dignidad profesional? ¿Reporta el país ventaja alguna con el número excesivo de profesores excedentes? ¿Puede seducir á los profesores la horripilante perspectiva que les aguarda? Pues si ni el individuo, ni la familia, ni el Estado obtienen beneficios de tales impremeditaciones, reflexionemos y cambiemos de rumbo, mirando al porvenir, que será, si no se atiende con tiempo á conjurar el mal, mucho más espinoso y difícil.

Y no confundamos los términos: no se crea por esto que nosotros censuramos el afán á la instrucción, no: nos dirigimos á todos aquellos que sin vocación alguna para la profesión y sin ánimo de ejercerla, pasan las

timosamente los años floridos de su juventud cuando tan útiles pueden ser al lado de sus padres para acrecentar su fortuna, enriqueciendo las artes liberales y aumentando la riqueza fabril con el esfuerzo de su capital y de su inteligencia.

¡Pues qué! ¿es más digno de consideración y de respeto el que profundiza los secretos de la medicina, por ejemplo, que el que analiza y aprende las condiciones de las primeras materias para tejer y confeccionar las prendas que nos dan abrigo? ¿Es más estimable y necesario un letrado que cualquiera de los célebres pintores, escultores ó inspirados maestros de la música? ¡Qué! ¿Producen materialmente más las profesiones que las grandes fábricas é industrias bien administradas? ¿No son igualmente respetables y merecedores del aprecio general los hombres honrados en el ejercicio de sus tareas cotidianas?

Pues si esto es así, la razón aconseja inclinarse siempre del lado que ofrezca mayores seguridades de éxito, y no cabe dudarlo, el exceso de profesores merma su fortuna, con detrimento del decoro y de la dignidad profesional.

Esto está á la vista de todos y sólo resta vencer antiguas preocupaciones para dedicarse con fruto á las artes liberales.

Yo (y como yo me parece que pensará la mayoría si no todos mis lectores) prefiero mejor que mis hijos sean unos buenos pintores ó unos comerciantes entendidos, que médicos sin enfermos ó abogados sin pleitos.

JOSE NOVI Y PEREDA

A LA SANTA CRUZ

¡Signo de Redención! ¡Madero santo! al pie del cual, con humildad postrada, hoy vengo á derramar copioso llanto con el alma de angustias lacerada, pues tanta es tu virtud, tu poder tanto, que fué la humanidad por tí salvada, deja bendito lábaro este día que al Calvario te siga el alma mía.

Como signo de infamia ignominioso fuiste mirado con horror profundo, hasta que por salvarnos bondadoso, de el del averno cautiverio inmundo, quisiste en tus brazos espirar piadoso el único Hijo del autor del mundo, que al sacrificio se ofreció cruento para franquear al hombre el Firmamento.

Desde entonces ha sido la Cruz Santa, y será siempre el don más venerado; de las damas adorna la garganta como pende del pecho del soldado; emblema de la fé que se levanta en choza humilde y en suntuoso estrado; que ostenta de los reyes la corona y brilla de una zona á la otra zona.

Su luz bendita por do quier se extiende;
su poder sacrosanto y bendecido
de malas tentaciones nos defiende:
Iris de dulce paz, sosten querido
que de amor puro el corazón enciende,
y del génio del mal, por el vencido,
á alcanzar nos enseña la victoria
alumbrando el camino de la Gloria.

¡Signo de redención! ¡de eterna vida!
Ante tí el orbe entero prosternado
acude con el alma dolorida,
y en lágrimas de hieles anegado
á ver cómo en el Gólgota el deicida
hoy sacrifica al Dios de lo creado,
que muere para abrir á los mortales
las eternas mansiones celestiales.

MARÍA DEL CÁRMEN PRAT

¡A DOS CUARTOS, PAJARITOS!

Vivia en Madrid un pobre zapatero, casado y con un hijo de diez años de edad, que era un modelo de muchachos aplicados y caritativos.

Mariano, que así se llamaba el hijo del zapatero, había aprendido á leer y escribir en la escuela, donde no había faltado un solo día desde la edad de seis años en que ingresó en ella.

Su padre, que nunca había pasado de ser un zapatero remendon, en cuanto le vió al corriente en lectura y escritura quiso ponerle de aprendiz con un buen maestro, para que, aprendiendo el oficio á la perfección, pudiese ganar un jornal decente y atender con desahogo á sus obligaciones.

Pero el pobre Mariano estaba tan poco desarrollado en su físico, que á pesar de sus doce años cumplidos no representaba ocho, por cuya razón no encontró maestro que le admitiera de aprendiz, y su padre tuvo que resignarse á enseñarle lo poco que él sabía de su arte.

El buen Anton, que así se llamaba el zapatero, era furibundo aficionado á la caza de pájaros con red, y todos los lunes (que de tiempo inmemorial son los domingos de los zapateros), padre é hijo cargaban con los muchos trevejos necesarios para esta clase de cacería, y con un pan y un pedazo de queso en las alforjas se alejaban dos ó más leguas de la corte á tender su red, donde disfrutaban de su diversion y del campo como príncipes, olvidando sus estrecheces y miseria, hasta que volvían á su casa hambrientos y satisfechos con media docena de pajarillos.

Al día siguiente Mariano salía de su casa con la caza de la vispera, y al pregon de *¡A dos cuartos... pajaritos!* recorría medio Madrid en demanda de su venta, siendo regularmente tan desafortunado en el comercio, que lo general era volver á su casa sin haber despachado un pájaro de los que llevaba.

Sus padres, que solían estar esperándole para comprar pan con el producto de los pájaros, se resignaban á su mala suerte, conformándose con no hacer aquel día otra comida que la que les proporcionaban los pajarillos fritos.

Un día que los cazadores se habían alejado

hasta la orilla del Jarama y hecho una gran cacería, Mariano vino tan rendido, que al día siguiente se quedó en la cama para descansar. Su madre salió á vender nada menos que treinta pájaros, y antes de dos horas estaba de vuelta en su casa con tres pesetas que había sacado de la venta de todos ellos, pues gran número de éstos los había vendido á cuatro cuartos.

Esta venta rápida y afortunada no pudo menos de llamar la atención á los padres de Mariano, y al día siguiente, que éste se hallaba ya bueno y descansado, su madre le dijo:

—¿Cómo te arreglas, hijo mío, para no conseguir vender casi ningún pájaro los días que sales con ellos, y ayer, en un momento, he despachado yo cuantos llevaba?

—¡Ay, madre mía! Si ni Vd. ni padre me riñen, les contaré la verdad.

—Habla, dijo el buen Anton, que como sé que no eres capaz de hacer una acción mala, prometo no reñirte.

—Pues bien, contestó Mariano; así como así, lo que hago puede que sea mal hecho; ustedes lo juzgarán. Casi todos los pájaros que se venden á dos cuartos los compran los chicos, y no se pueden Vds. figurar el horror que me da ver lo que luego hacen con ellos.

Unos los atan un hilo á la patita y los echan á volar para consentirlos en que los devuelven la libertad, y cuando el animalito se ve libre, tiran del hilo atrayéndole á ellos para repetir cien veces este tormento.

Otros los ponen suspendidos del hilo cerca de un infame gato que los aterra y fascina con sus crueles miradas, y de cuándo en cuándo les alcanza una zarpada, que sin acabarlos de matar los llena de heridas, hasta que perecen en medio de infinitos sufrimientos.

Y hay chicos, en fin, tan precozmente malos y duros de corazón, que los arrancan las plumas en vida, ó los pinchan con un alfiler, ó los sacan los... pero, no, ni aún valor tengo para contarlos. Por eso, padres míos, vuelvo á casa con los pájaros: no quiero venderlos á los muchachos, y los hombres no me los compran. Muchos días nos hemos quedado casi sin comer por estos escrúpulos míos; por eso no quiero seguir engañando á mis buenos padres, y solo les pido que en adelante no me comisionen más de la venta.

Conmovidos habían oído esta relación los padres de Mariano; pero el buen Anton, que no podía dudar de la sinceridad de su hijo, preguntó á éste, no obstante:

—Creo firmemente cuanto has dicho. Lo que me confunde y no sé cómo explicar, es que, á pesar de tu cuidado y prevision por estos animales, ya ves que no pueden evitar su mal *sino* de tener que morir para servirnos de alimento.

—Es verdad, padre mío; pero á pesar de que me dá pena tenerlos que ver matar, no por eso dejo de conocer que esa es la triste suerte de los pájaros *cazados*, porque su carne es un alimento nutritivo y sabroso para los hombres, de la misma manera que lo es la de las vacas, carneros y otros animales que la naturaleza cria para este fin.

Pero (al menos yo lo creo así) á la vaca, á la oveja, á los pájaros y á todos los animales cuya carne sirve de alimento al hombre, si este tiene y practica por necesidad el derecho de matarlos, no le alcanza este derecho, ni mucho menos, para atormentarlos ni hacerlos padecer. El hombre que mata instantáneamente á un animal, porque *tiene precisión* de hacerlo así para aprovechar sus despojos, usa, sin abusar de su predominio sobre los animales, pues tiene necesidad de alimentarse con su carne; pero el hombre ó el niño que atormenta y hace sufrir á un animal, cualquiera que sea, ese hombre ó ese niño es un infame verdugo, que goza en los padecimientos ajenos, é indigno por consiguiente de vivir en una sociedad cristiana que tiene entre sus preceptos el de *no hacer daño á nadie*.

Anton y su esposa escuchaban asombrados á su hijo, conociendo que á ellos, en sus cortos alcances, nunca se les hubiera ocurrido semejante raciocinio.

Comprendiendo, sin embargo, que en cuanto Mariano decía había un fondo de verdad y de buen sentido, abrazaron á su hijo y le prometieron que no volverían á encargarle de la venta de los pájaros.

En el cuarto principal de la casa que habitaba Anton, vivía la propietaria de la finca; una buena señora que apreciaba mucho á la familia del zapatero, y que enterada por la mujer de éste de la conversacion que había mediado entre Mariano y sus padres, no pudo menos de admirar la rectitud de juicio y bellísimos sentimientos del niño; y encargó á sus vecinos que en adelante solo ella compraria todos los pájaros que cazasen padre é hijo, para evitar á este el sentimiento de pensar á qué manos irían los animalitos.

No satisfecha con esto solo, colocó á Anton y á su mujer de porteros en la casa, facilitándoles con esto habitación pagada y una retribucion superior al jornal del padre.

Por su influencia fué también colocado Mariano de aprendiz en un taller de lujo, donde á vuelta de pocos años se hizo uno de los zapateros más diestros de la corte; lo que le proporcionaba ganar buenos jornales y atender, como lo hacía, á que sus padres disfrutasen una vejez tranquila y descansada.

CAYETANO COLLADO

VAGUEDAD DEL PLACER

I

«Al que antes cumplía su anhelo,
logrando la dicha extrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo.»

—
Así una turba ligera
de niños baja diciendo,
tocadas del Iris viendo
las aguas de una pradera.

—
Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco
en tanto que, poco á poco,
va el Iris su luz menguando

Y ya que de su ornamento
creían la sien orlada,
vieron su luz disipada
como fantasma en el viento.

—
¿Cómo es? Desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran;
y alzan los ojos, suspiran,
y les responden: ¡Ya es ido!

—
¡Mentira! bajan diciendo
los que ven clara su lumbre,
y en tanto ganan la cumbre,
mústios los otros subiendo.

II

Porque sus lindos reflejos
son al tocarlos ficciones,
cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lejos.

—
El Iris, siempre inconstante,
se va mostrando inseguro:
á los que bajan, oscuro,
y á los que suben brillante.

—
¿Cómo es? en ronco alarido
gritan los antes burlados;
y los de ahora, extasiados,
tristes responden: ¡Ya es ido!

—
¡Mentira! dicen bajando
los que poco antes mintieron,
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.

III

Juntos con pueril anhelo
se agitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente,
tras los matices del cielo.

—
Y todos, dando á cual más
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan: ¡Adelante!...
y los de adelante ¡Atras!

—
Y así, sin orden ni guía,
aquí y allí discurrieron,
y ni aquí ni allí le vieron
ó en todas partes lucia.

—
Y al verle desvanecido,
con más vergüenza que enojos,
vueltos al cielo los ojos,
exclaman todos: ¡Ya es ido!

IV

Así en eterno cuidado,
aquí y allí nuestro intento
corre fugaz por el viento,
tras un placer nunca hallado.

—
Que el hombre en su desacuerdo,
llama, al verle en lontananza,
si es delante, una esperanza,
y si es detrás, un recuerdo.

—
Y aún no marcó en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando, imprecando su estrella,
suspira y dice: ¡Ya es ido!

RAMON DE CAMPOAMOR



ARRANQUES DEL CORAZON

En un pueblo perteneciente á la provincia de Toledo situado como á tres leguas de la Sierra Carpetana, pueblo de notoria celebridad por su memorable sinagoga, y uno de los últimos baluartes de los ejércitos agarenos antes de la

expulsion llevada á cabo por nuestros reyes Católicos, vivía hace pocos años un terrateniente que, si bien tenía un hijo, se encontraba solo al frente de sus haciendas, sin otro trato que sus criados del campo y sin otro servicio doméstico que una doncella y una ama de llaves.

Y vivía separado de su hijo único y del trato de los vecinos, porque incitado en sus chocheos por la maliciosa conducta de su ama, había llegado á hacerse avaro y usurero con los unos, y tirano y mal padre con el otro.

El hijo vivía tranquilo en Madrid, sin otros recursos que los de su inteligencia y de su trabajo; el padre, encerrado en su retiro del pueblo de M., siendo constantemente el blanco de sus enemigos, que solo ansiaban el momento de castigar sus malas acciones.

Una tarde, al declinar el disco del sol hacía las últimas capas del horizonte, el rico hacendado fué sorprendido en lo más escabroso de un monte que ocultaba á diez pasos el camino estrecho que conducía á una de sus labranzas, por cuatro foragidos montados y enmascarados que le intimaron la rendición, bajo pena de la muerte.

El rico avaro no opuso resistencia, y, pié á tierra, fué internado en la sierra por veredas para él desconocidas, sin que en el trayecto se cruzaran más que miradas, tímidas de parte del cautivo, é inteligentes de parte de los secuestradores.

Al llegar á cierta altura, vendaron los ojos al rico avaro, y atándolo fuertemente por la cintura, empezó á descender á una cueva impracticable que describiremos después.

Los bandidos se quitaron la máscara, celebraron su triunfo, y uno de ellos, que debía ser el jefe de la taifa, partió á galope con el caballo mismo del cautivo á su casa del pueblo de M. para pedir el precio del rescate.

El secuestro se había hecho en toda regla; pero los bandidos no pudieron cebar su codicia porque los instintos despiadados del ama de llaves no consintieron hacer entrega de cantidad alguna, aunque peligrara la vida de su señor.

La noticia cundió en toda la comarca, se pusieron en movimiento el juzgado y la guardia civil, hablaron los periódicos de la corte; pero el acaudalado labrador continuaba en su reclusión hacia ocho días, sujeto con fuertes ligaduras á un pelado peñasco, sin otro alimento que naranjas y frutas del campo y el agua escasa, que, destilando por las estalactitas de granito, se iba poco á poco depositando en un asqueroso bote de hoja de lata.

Del atentado se habló mucho en todos los círculos, y una mañana, á los once días del suceso y mientras se le disponía el desayuno, leía en su gabinete el hijo del cautivo.

«El día 13 del corriente ha sido secuestrado D. F. de T., en el pueblo de M., sin que, á pesar de los once días transcurridos, se haya encontrado el hilo del acontecimiento, ni averiguado el paradero de los criminales.

Se teme por la vida del rico hacendado.

¿Qué es de la seguridad individual?»

La lectura de estas líneas denunciaron al joven hijo la captura de su padre; enmudeció de pronto, cubriéndose de espantosa lividez el rostro y dilatando los ojos y comprimiendo fuertemente el corazón con las manos, exclamó:

—¡Mi padre!... ¡Oh, padre mio! Tu hijo no tiene en su alma pura ningún género de resentimientos.

Y enjugándose una expresiva lágrima voló hacia el ministerio para pedir auxilio al jefe de orden público.

Al medio día salía el angustiado joven, acompañado de un inspector especial hacia el pueblo de M.: reclamó una pareja de la guardia civil, y sin dar descanso á su cuerpo, se trasladó á la sierra Carpetana, tomando datos de los campesinos que encontraba á su paso.

Veinticuatro horas bastaron para reconocer todas las simas contiguas al famoso Berrocal, pero sin fruto alguno, hasta que, necesitando calentar la merienda para que sus acompañantes tomaran algún alimento, dispuso que se prendiera fuego un zarzon seco, adherido á las rocas de una vertiente elevadísima.

Aquel zarzon cubría la boca de una cueva profunda, se dió la voz de alerta, se acercaron y pusieron todos en observación y al disponerse á explorar el sitio el valeroso cabo, descendiendo con una cuerda, se oyó una ténue voz que decía:

—¡Agua!...

—¡Padre! exclamó el joven, cruzando las manos y apoyando la rodilla en tierra.

Pero la voz no se repetía.

El castigo que diariamente aplicaban al cautivo sus secuestradores, le hizo enmudecer por temor á que se multiplicara: desconocía la voz que le hablaba, porque sus facultades se habían entorpecido con los rigores y el ayuno y mientras ese justificado temor debilitaba las fuerzas del anciano, el corazón del hijo latía con violencia, como si quisiera abandonar la cabidad del pecho.

—¡Padre! repetía sin cesar, soy yo, que vengo á redimirte; es tu hijo que te ama con toda su alma; no temas, habla, habla, que Dios y la guardia civil están conmigo.

—Por aquí, por aquí, murmuró débilmente, embargado por la sorpresa.

Y el cabo descendió á una meseta de diez pies de profundidad.

—¡Agua!... por aquí, por aquí...

Pero nada se veía practicable al rededor.

El angustiado joven descendió también á la meseta, provisto de gruesas velas y una alcotana y haciendo esfuerzos sobre humanos descubrieron una piedra sobrepuesta que daba paso á otra galería. Salvaron el nuevo escollo y dirigiendo palabras de consuelo al aterido anciano, y guiados por su débil acento, llegaron á un tercer recinto subterráneo, húmedo y estrecho como un ataúd.

—¡Padre! exclamó el animoso joven al reconocer con la luz al autor de sus días.

—¡Hijo! murmuró trastornado el cautivo, abrazando con anhelo al hijo salvador.

Y mientras el hijo besaba con ahinco la frente venerable de su padre, el padre sollozaba, arrepentido de sus errores, pasando ligeramente su mano temblorosa por el rostro y cuerpo de su hijo, como para penetrarse de la verdad.

—Salgamos, salgamos pronto de aquí, les dijo el cabo, antes que vuelvan los bandidos: salgamos, á terreno seguro de defensa.

Y quitándose el buen hijo su levita para abrigar el rígido cuerpo de su padre, auxiliados por los de arriba, fueron subiendo alternativamente, con mil ingeniosas precauciones.

El cautivo estaba redimido.

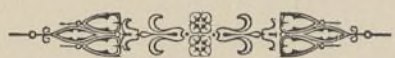
—¡Dios mio!—exclamó el hijo agradecido; yo os adoro por vuestra bondad infinita.

—¡Yo os bendigo, Dios Santo, por vuestra infinita misericordia! Replicó á su vez el anciano. Perdon, perdon, continuó abrazando tiernamente á su hijo; y estrechando con efusión las manos del inspector y de los guardias, se pusieron con la debida vigilancia en marcha hacia el pueblo de M.

La entrada del cautivo, á pesar de las rivalidades que tenia en la localidad, fué saludada unánimemente por gritos de alegría y ensalzada hasta lo inverosímil la conducta nobilísima de aquel hijo ejemplar y valeroso; el ama fué despedida inmediatamente, remunerados los servicios del inspector y de los guardias y el hijo puesto en posesion del cariño y de las haciendas de su padre, quien reconocido al amoroso trato y dirigido por el discreto consejo de su hijo, dejó de ser avaro y usurero.

Aprended, niños queridos, como este jóven, á tolerar las faltas de los padres, cualesquiera que sean, y en vez de rebelaros contra la autoridad de sus años, emplead para disuadirles los elevados argumentos de la virtud.

ADELINA MARK



¿POR QUÉ LOS ÁNGELES LLORAN?

(A MI QUERIDO AMIGO EL SR. D. JOSÉ NOVI Y PEREDA)

No es un pequeño problema,
ni yo le he de resolver,
pues que el tocarle me quema,
porque en el niño se extrema
sin piedad el padecer.

Si no pudo hacer él daño,
ni provocó sinsabores,
ni dió calor al engaño,
dígame: ¿no es extraño
que sufra eternos rigores?

Adora tanto la vida,
tal se asimila el contento
la sociedad engreida,
que no halla razon cumplida
al humano sufrimiento.

Mas si quisiera encontrar
inmensas olas de luz
en la noche del pesar,
bastárala con mirar
al claro sol de la cruz.

El al cabo la diría
con inmortal elocuencia,
que vió padecer un día
la más cruel agonía
al astro de la inocencia.

Que es el dolor, sin pecado,
puerta segura del cielo,
y que por ella han entrado
almas, de penas dechado,
ricas flores de este suelo.

Que entre el goce y el dolor
hay una oculta cadena
de puro fraterno amor
que las corrientes enfrena
del pecado seductor.

Que, en eterno sacrificio,
al que no llega á luchar
con los arranques del vicio,
hace grande el ejercicio
del gemir y del penar.

Y, en fin, que sin penitencia
no caben absoluciones.
Por eso con diligencia
rompe digna la inocencia
de la culpa las prisiones.

Siempre al dolor motejamos
de castigo sin consuelo,
y, miseros, olvidamos
que en su fuego nos templamos
para merecer el cielo.

Y como á la flor más pura
busca la codicia más,
tal se ceba la amargura
en la noble criatura
que no pecara jamás.

Con febril agitacion,
en rudo espirar he visto
al hijo del corazon,
renovando la pasion

de mi Padre Jesucristo.

Y yo tambien espiraba,
porque perder no queria
al hijo que idolatraba;
y á su cuerpo me enlazaba
cuando su cuerpo moria.

Hecho el corazon pedazos
besé su faz ardorosa,
y rompiendo nuestros lazos,
marchóseme de los brazos
aquella alma tan hermosa.

Mis lábios enmudecieron.
Bañóme el sudor la frente
y mis delicias huyeron.
Acaso mis culpas fueron
verdugos del inocente

Quizás para no morir
con espíritu manchado,
de su justicia al herir,
plugo al cielo preferir
á mi niño imaculado.

¿Quién sabe si para ser
mejor amigo de Dios
me convino padecer,
y ante su gloria tener
un amigo de los dos!

Déme Dios esa amistad,
gérmen de paz y de luz,
por toda una eternidad.
¿Hay tanta facilidad
en olvidar á la cruz!

¿Por qué los niños devoran
angustia no merecida?
Así cargos atesoran
contra su Dios los que moran
en las sombras de la vida.

Dejemos á Dios, que sabe
el valor de la inocencia
en este conflicto grave,
pues que en su gloria no cabe
contra el justo la inclemencia.

Su inmenso poder le escuda
atrayendo al pecador
que de su justicia duda;
y la inocencia le ayuda
con su llanto redentor.

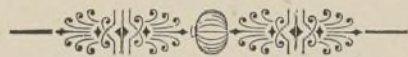
¿Cuál su premio no será,
si siempre con Dios está
en tan angélico empeño?
¡Ay! Al sufrir goza ya
la posesion de su Dueño.

En su vida laboriosa,
¿qué importan las horas malas
á la dulce mariposa,
si abre su cárcel hermosa
para desplegar sus alas?

¿Qué importa á la flor que intente
marchitar su gallardía
el huracan inclemente,
si hervir á su empuje siente
la sávia que Dios la envía?

Vengan los niños á mí,
dijo Dios á la inocencia,
y con sus cruces aquí
marcharán los niños, sí,
ganándonos su clemencia.

TIMOTEO DOMINGO PALACIO



RECUERDO DE ULTRA-TUMBA

AL MALOGRADO Y EMINENTE POETA, MI RESPETABLE AMIGO
DON VENTURA RUIZ AGUILERA

Nunca se hace bastante, por mucho que se intente, para enaltecer el mérito; pero cuando el hombre tiene que convertirse en panegirista de un génio que ya pasó á la eternidad y lo hace bajo las impresiones que le producen el recuerdo de su amistad sincera, la lengua parece que enmudece y la mente se mira

escasa en discurrir, porque las inspiraciones del sentimiento están por cima de cuanto puede expresarse con la palabra ó con la pluma.

Así nosotros nos encontramos perplejos al evocar el respetable nombre de Aguilera; de un lado por la admiracion que nos causan sus producciones; del otro por el doloroso pesar que nos dejara al partir para el mundo de la verdad.

Pero en medio de todo tenemos un deber de amistad, y hemos de cumplirle; tenemos la mision de cronistas y hemos de llenarla, con la medida de nuestra inteligencia, insuficiente para cantar grandezas. Honremos, pues, la memoria del insigne vate, trasladando á nuestras páginas su vera efigie; imitemos en vida sus virtudes, y coronemos de laurel y mirto el estrecho recinto que encierra, para siempre, su génio creador.

Mas ¿qué digo! Aguilera, laureado poeta cuyo nombre traspasó las fronteras en alas de la fama, no ha muerto, no; Ruiz Aguilera vive entre nosotros enriqueciendo con su vigorosa fantasía la belleza del sentimiento, y el sentimiento de la familia y de la pátria.

Sus *Rimas* y *Ecos nacionales*, su *Arcadia moderna* y sus *Letrillas* son un perenne testimonio de la inmortalidad, y en sus páginas de oro, allí veis personificado al venerable vate.

No ha muerto, no; sus *Cantares populares* nos le manifiestan en todas partes; le vemos retratado en sus obras de accion, le contemplamos descrito en mil producciones didácticas, y unas veces sentimos las dulces emociones que despierta la lectura de sus más tiernas elegías, y otras veces reimos los habilísimos y delicados chistes de su festiva musa.

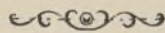
No ha muerto, no; Ruiz Aguilera vive entre nosotros aleccionando á los amantes de la literatura, corrigiendo con el ejemplo el desenfreno de las pasiones, inculcando con su modestia el amor á la virtud, auxiliando con su virilidad de siempre los modernos ideales, enalteciendo ante la historia el nombre de la pátria, enseñando con su civismo los derechos de ciudadanía, siendo firme dechado de padres y de esposos.

Ruiz Aguilera vive en las páginas inmortales de sus libros; vive para siempre como maestro de las generaciones presentes y futuras.

¡Ah, respetable varon y buen amigo! Tu partida fatal llenó de luto muchos corazones; pero tu clásica enseñanza redimió muchos más corazones cautivos en las redes de la miseria y la ignorancia; la antorcha luminosa de tu ingenio alumbró para siempre á la inteligencia de los siglos, para que en la ruda peregrinacion de la terrena vida no resbalen en su camino los que se asocian con cariño á las elocuentes lecciones de tu enseñanza.

¡Quiera el cielo que, al tocarme el turno, despues de haberte admirado y bendecido, tomando ejemplo de tus virtudes, llegue á merecer asiento en la mansion sublime de los justos!

V. B.





EXCMO. SEÑOR D. VENTURA RUIZ AGUILERA

Ayuntamiento de Madrid

EL MAESTRO QUE NO VIENE

—Abuela, dicen que hoy viene,
viene un maestro de escuela;
vamos al camino, abuela,
conmigo al camino ven.
¡Qué alegría! ¡Cuántas cosas
nos dirá que ahora ignoramos!
A recibirle salgamos
hasta la alameda, á pie.
—No vendrá; mas si viniere,
como aseguran, Tomás,
*ya verás cuánto te quiere,
ya verás!*

—Abuela, ¿cómo es que tarda?
Mucho me temo otro engaño;
ya se le espera hace un año
y él no acaba de venir.
Ese sí que será bueno
y no el que en el pueblo había:
aquel triste, no sabía
leer, hablar, ni escribir.
—No vendrá, ó tu abuela sueña;
pero si viene, Tomás,
*¡ya verás cuánto te enseña,
ya verás!*

—De la ciudad vino un niño,
y era el oírle una gloria,
cuál relataba la Historia,
la historia de la nación.
Aquí, ¡ay abuela querida!
al que en saber más avanza
apenas si se le alcanza
cómo se labra un terrón.
—No vendrá... ¡sueños falaces!
pero si viene, Tomás,
*¡ya verás qué sábio te haces,
ya verás!*

—Diz, abuela, que los libros
hacen buenos ciudadanos,
corteses á los villanos
y compasivo al cruel.
Y diz tambien que en sus hojas
el gran secreto se encierra,
para que la dura tierra
grandes cosechas nos dé.
—No vendrá; ni por asomos;
pero si viene, Tomás,
*¡ya verás qué ricos somos,
ya verás!*

—Abuela, ¿no te dá risa
de ver cómo deletrea
el alcalde de la aldea
cualquier órden superior?
¡Oh! si el maestro llegase,
te aseguro, abuela mia,
que en dos lecciones podría
ser mejor alcalde yo.
—No vendrá, esperas en balde;
pero si viene, Tomás,
*¡ya verás si eres alcalde,
ya verás!*

—Ya me amenaza la quinta,
me llevará de contado,
y siempre seré soldado,
y siempre al hombro el fusil.
Mas si viniendo el maestro
por su cuenta me tomara...
¡quién sabe adonde llegara
con la ambicion que hay en mí!
—No vendrá, segun se advierte;
pero si viene, Tomás,
*¡ya verás como haces suerte,
ya verás!*

—¡Oh! ¡ya no viene! han pasado
días y días sin cuento,
siempre yo en igual tormento,

siempre en igual inquietud.
¡Ay abuelita del alma!
Mis esperanzas presumo
que convertidas en humo
van por la atmósfera azul.
—No vendrá, mas si viniere,
como aseguran, Tomás,
*¡ya verás cuánto te quiere,
ya verás!*

VEINTE AÑOS DESPUES

El poeta.— Miradle bien, ya se acerca;
mordazas su voz ahogaban,
cadenas le sujetaban,
por eso en venir tardó.

Tomás, á cumplir yo acudo
la antigua promesa que hice:
conmigo aplaude, y bendice
al que sus hierros partió.

Tomás.— Con su retrato, en la escuela
pondré su nombre además:
*Allí los verás, abuela,
los verás!*

VENTURA RUIZ AGUILERA



LA COMETA

Tan elevada estaba una cometa, que casi
se perdía de vista, y parecía un punto negro
que vagaba entre las nubes. Su larga cola
ondeaba á merced del viento leve, y el hilo
que la sujetaba, formando una abierta pará-
bola en el espacio, venia á terminar en las
manos de un niño, que la contemplaba con
entusiasmo y admiracion.

La cometa, al verse en tanta altura siendo
compañera de las nubes, al contemplar deba-
jo de sí árboles, hombres, ciudades, llanos y
montañas, se creyó superior á estos objetos,
y llena de orgullo y vanidad, dijo:

—¿Quién como yo? Soy la reina del espa-
cio. Me elevo más que las águilas. Estoy
cercana al sol. Ya no pertenezco á la tierra,
pues me aproximo al cielo. Cuanto debajo de
mí descubro, me es inferior. Hombres y ani-
males del suelo, árboles, rios y colinas, yo os
desprecio; envidiad mi ventura; quedad con
Dios, que no quiero volver á confundirme con
vuestra humilde baja.

En esto sopló una ráfaga de viento que,
llevando tras sí á la cometa, la precipitó sú-
bitamente al suelo, y vino á caer en un in-
mundo lodazal, donde rota y cubierta de fan-
go aprendió, mal de su grado, que es una ne-
cedad orgullecerse en las elevadas posiciones
y que la fortuna y el viento son igualmente
volubles.

Reflexion.—Los que ocupan una elevada
posicion social no están más á cubierto de la
desgracia que puede estarlo del viento con-
trario la cometa elevada en el espacio.

Grande necedad es enorgullecerse por una
posicion de que inesperadamente se puede
caer, quedando hundidos en el fango y al
nivel de aquellos á quienes tal vez se despre-
ció, por creerlos de condicion más baja.

Aprended, niños, á ser resignados en la
desgracia y modestos en la fortuna.

En cada página de la historia se ve algun
personaje que de la mayor elevacion cayó al
más hondo abismo de la desgracia. Nadie, ó
casi nadie, hay que sea siempre afortunado

desde el principio al fin de su vida. La des-
gracia sucede á la fortuna y ésta á aquella,
como se suceden el malo y el buen tiempo.

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ



EL CASTILLO DEL BURGRAVE

LEYENDA ALEMANA

POR

JOSE MARÍA MEDINA

(CONCLUSION)

III

La noche de la tormenta
el intranquilo Burgrave,
triste, silencioso, grave,
discurría melancólico
por su florido jardin,
siempre buscando en su alma
innoble, perversa, atea,
una salvadora idea
que á sus sueños terroríficos
y zozobras diesen fin.

—Mis innúmeros tesoros
donde quiera que los guarde,
allí más pronto ó más tarde
por mil artes maquiavélicos
me querrán arrebatrar:
¡quién tuviese el poderío
de, en un momento, alejarlos
de este mundo ú ocultarlos
en las nubes del Empíreo
ó en los senos de la mar!

Así pensaba y decía:

—Si cumplidas consiguiera
mis ambiciones, pusiera
media vida y aún mi espíritu
en manos de Satanás...
La luna apagó sus rayos,
se encapotó el firmamento,
silbó con fiereza el viento
y entre truenos y relámpagos,
dijo una voz: «Las tendrás.»

Un viejo de lengua barba,
de mirada fulgurante,
presentóse en el instante
ante el Burgrave que, atónito,
mudo quedó de terror.

—No temas, yo soy tu amigo,
dijo, y vengo á consolarte,
si tú cumples por tu parte
ese convenio que, tácito,
hiciste ya en mi favor.

—Tuyo seré, Ripuario,
contestó al aparecido.
¿Quién eres? ¿Cómo has venido?
—Yo soy la soberbia ingénita
del espíritu del mal.
Yo soy el alma del mundo,
la ciencia humana es mi centro
y mi ser palpita dentro
de esas empresas gigantéas
de la mente racional.

—Yo inspiré á los que labraron
las obras grandiosas todas,

hice el Coloso de Rhodas,
y las egipcias Pirámides
en mi gloria construí;
al romano Coliseo
presté su magnificencia,
y su famosa existencia
los pensiles de Semíramis
me la debieron á mí.

—Mira—Y blandiendo su brazo
cual si amenazara al cielo,
el palacio vino al suelo,
quedando el Burgrave estático
en medio de su jardín;
tomó el viejo los tesoros,
y al teuton por los cabellos,
dando con él y con ellos
sobre un peñasco granítico
de la ribera del Rhin.

—Vuelve á mirar. —Y un castillo
de disforme arquitectura
surgió de la roca dura,
sobre un precipicio tétrico
de inaccesible ascension.
—Aquí vivirás seguro
con tus bienes, dijo el viejo;
gózalos, pues, yo me alejo;
mientras vuelvo por tu espíritu
esta será tu mansion.

Largos años trascurrieron
el Burgrave Ripuario
habitando solitario
la fortaleza satánica
levantada para él,
sin acordarse, abstraído
en adorar su fortuna,
que pasaban una á una
las horas para que el *cumplase*
llegara del pacto aquel.

Vino por fin: una noche,
cuando se creyó más fuerte,
sintióse herido de muerte
próxima por una rápida
y asquerosa enfermedad;
y aquel hombre sin creencias
y de corazon impío,
en su alma tuvo frio
al ver ante sí, de súbito,
de frente la eternidad.

—Ya estoy aquí, ya eres mio,
segun el trato que has hecho,
dijo volando hasta el lecho
el personaje diabólico
en forma de gavilan.
Solo un átomo de vida
te queda ya en este mundo,
dame tu espíritu inmundo
para ser digno partícipe
de la dicha de Satán.

El Burgrave en este trance
se acordó del Infinito
y gritó con fé y contrito:
—Señor de bondad, ampárame,
no me abandones, Señor.
Y el gavilan, que escuchaba

el rezo del moribundo,
salió de allí furibundo
porque el nombre del Altísimo
le enloqueció de pavor.

Y el Dios de misericordia
perdonó, en aquella hora,
aquel alma pecadora
que con su existencia réproba
tanto y tanto le ofendió.
Y es fama que desde entonces
en el castillo desierto,
habita el Burgrave, muerto,
hasta que se cumpla el término
que el Señor le señaló.

Este será cuando todos
los bienes arrebatados
hayan sido reintegrados
á sus señores legítimos
en justa restitucion.
Que la voluntad suprema
de la sábia Providencia
así dictó la sentencia.
No existe en su eterno Código
para el que roba, perdon.

Todos los años, el día
en que cumple aniversario
la muerte de Ripuario,
vése en el castillo, lúgubre,
al maldito gavilan,
atacando á las palomas
que en numerosa bandada
tratan de forzar la entrada
y que en dilatado círculo
volando al redor están.

Son las almas, enviadas
bajo la forma de ave
al castillo del Burgrave,
de aquellos que fueron víctimas
del bandolero teuton.
Vienen á coger la herencia
que allí guardada se asila,
mas el gavilan vigila
y apenas alguna, incólume,
puede lograr su mision.

Porque no ignora el demonio
que el día que la bandada
ya no llegue á dejar nada
de aquellas riquezas ópimas
que el Burgrave atesoró,
el alma de este, ya limpia,
y de sus pecados pura,
subirá á la eterna altura
á las estancias beatíficas
que, arrepentida, ganó.

Por eso, todos los días
el aldeano sencillo
suele acudir al castillo
con la intencion benemérita
de matar al gavilan.
Nunca ha podido alcanzarlo,
mas tiene la fé sincera
de que al instante que muera,
irá Ripuario al célico
reino, do los justos van.

.....
.....
En todo el confín germano
corre esta conseja extraña.
Mas ¿qué en el fondo se entraña
de la tradicion fantástica
del viejo castillo aquel?
Que Dios es grande y perdona
si existe arrepentimiento;
y que tan solo un momento
de contricion instantánea
nos reconcilia con El.



EL HOMBRE

EN SUS RELACIONES CON DIOS, CON LA FAMILIA
Y CON LA SOCIEDAD

POR

VICENTE D. BORDANOVA

II

Compendiados en el primer cuadro los deberes del hombre para con Dios, sucintamente tratados, porque nuestros lectores, hasta los más infantiles, los tienen aprendidos en los rudimentos de la religion que felizmente profesan, pasemos á examinarle en sus relaciones con la familia.

Segundo punto.—Hijo, esposo y padre.

Nada podemos exponer de los hijos antes de adquirir el desarrollo necesario de razon; es decir, en tanto no se les considere obrando con entero conocimiento de causa; pero desde el momento que entra en la plenitud de su albedrío, desde que la voluntad ejecuta con discernimiento, el hombre, en su primera etapa, tiene deberes propios. El primero de todos es encerrarse en la contemplacion de lo que es y por qué lo es, para llegar á comprender lo que debe á los padres que le dieron el sér. Cualquiera objetará que á esa temprana edad no puede penetrar el niño todo el valor de un padre; pero la falta de inteligencia prematura, está sustituida por la naturaleza, que ha colocado en el corazon el sentimiento de la gratitud.

Desde que el niño percibe los sonidos, desde que atiende á la dulce voz de su madre, desde que ve los halagos que se le prodigan, aprende á agradecer y así lo significa con sus sonrisas en la infancia, y así lo demuestra con su obediencia, antes de hacerse puberto.

Al llegar á esta edad, los padres, preocupados con el porvenir de su hijo y celosos de la propia honra, ya han procurado educarle en el conocimiento de la religion y de las primeras letras; y con el auxilio de la primera y lo que enseñan las segundas, aprende á tener respeto á los autores de sus dias, cariño á sus hermanos, consideracion y aprecio á los parientes más cercanos. Con esa educacion llega á su desarrollo completando el conocimiento de cosas y personas; medita, compara, juzga y se inclina, como por encanto, á las dichas inefables de la familia.

Crece acariciando en su fantasía las dulces complacencias con que se le brinda, sueña el porvenir que le ofrecen el amor de la familia y la fortuna, y al despertar de sus sueños de oro, besa con frenesí la frente pura de su ma-

dre, si la tiene cerca, personifica su figura si la tiene ausente, bendice y reza á su memoria si la llora muerta.

—«¡Madre! exclama con legítimo orgullo, tuya es mi voluntad;» y se somete de lleno, con la fé y el amor que engendra la sangre en nuestros pensamientos, y el hijo secunda, envanecido, los apasionados consejos de sus mayores.

Con esa obediencia, el adolescente se educa y se instruye; la instruccion le proporciona elementos de vida, adquiere independencia, y rindiendo tributo á la naturaleza, elige compañera para compartir con ella las delicias del más inefable de los sentimientos: el amor de esposo. El hombre en esta segunda etapa, aumenta sus obligaciones. Cuenta ya los deberes de hijo amantísimo y de jefe de familia, perfectamente compatibles en los hombres honrados, celosos de su decoro y de su nombre, y entregado á sí propio, dueño del hogar, acepta y contrae obligaciones y derechos.

Por su propia iniciativa, por su propia voluntad, dice á su cónyuge, mediante un sacramento: «yo te entrego la fé de mi cariño, yo te hago partícipe de la mitad de mis utilidades, y al darte mi fé, mis utilidades y mi nombre, vigilaré por tu honra, que es la mia propia.»

El hombre ya no se pertenece á sí mismo; él ha elegido y Dios le ha dado una compañera con quien ha de repartir los placeres y sentir los dolores: tiene el deber de centuplicar sus tareas para ocurrir á esta nueva obligacion y vigilar y dirigir el corazón de su esposa. La dulzura y templanza de su trato aumentará el trato y la dulzura de su cónyuge, y aquella fé, jurada en el acto del sacramento que consumó la union, será un altar levantado en el alma de su esposa para depositar más tarde el fruto del cariño.

Pero no solamente contrae el hombre la obligacion de querer y amparar á su legítima compañera, sino que contrae el deber de respetar á los padres de tan carísima mitad, por el principio de justicia y de moral cristiana que enseña á no querer para otros lo que para sí se rechaza: si el hombre, pues, ha de querer, naturalmente, que su esposa quiera y respete á los autores de sus días, el esposo tiene el ineludible deber de respetar y querer á los que lo son de su esposa.

Ahora bien; el hombre, andando el tiempo, llega á su tercera etapa; llega á ser padre, lo cual aumenta la suma de sus deberes, deberes escritos en el alma con caracteres indelebles.

¡Es tan grande y santo el amor de padre, que no hay quien los ignore!

El hijo, heredero de su nombre y de sus bienes, le reclama en silencio un cariño inextinguible y la mayor solicitud para proporcionarle un próspero porvenir, y obedeciendo á ese secreto pero poderoso impulso del alma, el padre no ve goces materiales, ni concibe la belleza de los sentimientos, ni cree en la bondad de los hombres, ni contempla la grandeza de Dios, sino cuando estrecha en sus brazos al fruto del más casto y

puro de los amores. Fuera de estas satisfacciones, para hacerlas más santas, el hombre no piensa más que en adquirir; se encierra, digámoslo así, en sí mismo, rechaza las ocasiones que puedan disminuir sus productos, no se entrega á los pasatiempos ni al ocio, porque en su noble afán, no ve ni quiere otra cosa que sus tareas habituales para llenar dignamente su triple deber de hijo, esposo y padre.

Tales son los vínculos de la familia, vínculos recíprocos en los cónyuges, moral y socialmente considerados.

Aprendedlo bien, mis queridos lectores y tened entendido que el que se aparta de esa conducta, quebranta la ley de Dios, violenta su conciencia y se enagena el aprecio de propios y de extraños.

DIOS Y SUS OBRAS

Quisiera expresar en verso los sentimientos del alma: pero es muy débil mi musa para osar empresa tanta. Vaga mi mente mecida por ilusiones de nácar que acaricia un dulce ensueño y que una esperanza halaga. Noto en el alba reflejos, miro el ave en la enramada y advierto en la flor las perlas que el rocío la regala. Escucho el blando susurro de aquella corriente mansa que plateada serpentea entre musgo y esmeralda. Oigo en la floresta acordes, voces misteriosas cantan del bosque en el centro espeso, y armónicos se destacan. La tórtola que arrullando á su amante ausente llama, el ruiseñor que gorjea, el malvís que silba y salta, el sáuce que el viento mece, el lloron que inclina el aura, el ciprés que desafía de las nubes la morada... Todo, todo en su conjunto, es inmensa prueba clara de que hay un SÉR PODEROSO que nuestra existencia marca, que hace á las plantas crecer, que presta aliento á las almas que preside la armonía de la complicada máquina del mundo, agita los mares, que al noto vuelve la calma, que los vientos encadena, que los huracanes lanza, que vibra el rayo celeste, que en las nubes cuaja el agua, que dá aliento, en fin, al Orbe con voluntad soberana, y á ese Sér, luz de los cielos, niños queridos, en aras de la santa devocion, deben rezar vuestras almas.

FÉLIX DE LEON Y OLALLA

MISCELANEA

El Eco del Norte publica una carta de uno de los miembros de la expedicion científica francesa á la Laponia. Está fechada en Wadsø el 15 de Junio y contiene los párrafos siguientes:

«Hemos visto ya siete ú ocho ballenas pertenecientes á distintas especies, y hemos podido disecar un ejemplar de cada una de ellas.

La ballena se caza aquí del siguiente

modo: hay aquí tres buques de vapor de veinte metros de longitud, que llevan delante un grueso cañon giratorio en todos sentidos. (Ordinariamente se dispara sobre la ballena á 30 metros de distancia). El proyectil del cañon es un instrumento muy ingenioso, compuesto de varias piezas; esto es, un hierro en forma de lanza, atornillado á un obús explosible, el cual á su vez se halla unido á un arpon de cuatro brazos. Cuando la ballena está próxima se hace el disparo. Gracias al hierro de la lanza, el obús penetra fácilmente en el cuerpo del cetáceo seguido del arpon. El animal al sentirse herido trata de huir, pero los brazos del arpon se desprenden y hacen mover un martillo que golpea la cápsula del fulminante de mercurio. El obús estalla y la ballena queda muerta en el acto.

Entonces los pescadores atan una cadena en la nariz ó en las aletas del cetáceo, y lo conducen á la fábrica de Wadsø.

Una de las ballenas cogidas estos últimos días tenía 22 metros de longitud.»

Suscrito por el Reverendo Padre Escolapio nuestro querido amigo é infatigable colaborador D. José Antonio García de la Iglesia, hemos recibido un bien escrito opúsculo en el que se compendian los antecedentes biográficos y se cantan, en bellísima prosa, las eminentes virtudes del glorioso fundador de las Escuelas Pías, San José de Calasanz.

La obra de bendicion y caridad llevada á cabo en el curso de su vida por el seráfico propagandista católico aragonés, se encuentra, aunque en reducido espacio, magistralmente tratada por el autor, entusiasta admirador de los santos, de los héroes y de los sábios de nuestro siglo de oro.

Recomendamos á nuestros habituales lectores tan bellísimo libro.

Hemos examinado con gusto un pequeño libro destinado á la enseñanza de la lectura en las escuelas de instruccion primaria, titulado *Método lógico y abreviado de lectura*, del cual hacen grandes elogios periódicos dedicados á la defensa de los intereses del magisterio.

Este método descansa en el sonido de las letras, con el cual el aprendizaje de la lectura es tan sencillo y breve, que apenas se concibe pueda haber un niño que no domine ese ejercicio á las tres ó cuatro lecciones que reciba.

El autor, que es D. Manuel Rodríguez Navas, ha repartido las letras con tal orden, teniendo siempre en cuenta su valor enfónico, ha suprimido con tal cuidado los detalles que pueden perturbar la marcha de los principiantes, que su método viene á ser, no un simple ensayo que reclame modificaciones más ó menos profundas, sino un trabajo concluido, nuevo y completo, en que lo mismo se tienen en cuenta las aptitudes de los niños y la indole de nuestro idioma, que las más acreditadas teorías pedagógicas.

Hemos hojeado con satisfaccion el cuaderno correspondiente al corriente mes de *El Mentor del viajero y comerciante*, ó sea el Anunciador Universal que con tanto éxito se viene publicando en esta corte. En sus 160 páginas de impresion compacta y clara se contiene una completa guía general de España, ferro-carriles y baños nacionales y extranjeros, reseña de estaciones telegráficas, de las principales poblaciones del reino, periódicos políticos y de administracion de Europa y América y multitud de anuncios de grandes fábricas y establecimientos comerciales de todo el continente.

Se vende á real, en su Administracion, Infantass, 5, bajo.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20